

ces tanta confianza en la negociación? Pensamos quizá que si insistimos lo suficiente se despertará y brotará el principio de humanidad, de comunidad, que las circunstancias históricas han conseguido aletargar. ¿Tenemos acaso una tendencia cableada a interpretar, comprender, empatizar con los otros, siempre y cuando no tengamos señales que nos hagan desconfiar? ¿O es eso algo que sólo se consigue con la cultura, el aprendizaje, la civilización? Si el no lograr entenderse, el engañarse a diestra y siniestra, condujo en el pasado a la extinción del clan, del grupo, de la tribu, de la nación, quizá ahora, en nuestros planetarios tiempos, llevará a que nos hundamos todos.

Apago la radio. Las voces son murmullos evanescentes. También el sueño tiene estribaciones, dobleces, polumo; conflictos entre densidad y transparencia.

(2001)

## Umbrales

Fue una mañana de septiembre. Aún éramos niños. El clima era fresco y había inminencia en el aire. Mi hermana sentada en un borde lloraba desconsolada. Su explicación me quebró. Le acababan de dar sus lentes nuevos. Al ponérselos descubrió que las cosas tenían otra apariencia; sus contornos se delineaban de un modo desconocido. Sus texturas, tonos, luces, eran muy otras de las que conocía. Ella lloraba y no reía. Estaba asustada, encabronada, tristísima. Sumida en una inseguridad abismal que al hablar me contagió. «¿Cómo puedo alguna vez volver a creer en mis ojos? ¿Cómo sé que como ahora veo es como se ve de verdad? Nunca sabré cómo es que los demás que no usan lentes ven las cosas.» Tardé unos minutos en caer de lleno en la cuenta de que yo, con mi vista de lince, no estaba en mejor situación. Pero no le dije nada. Dejó de llorar. Volteó hacia

mí y dijo: Lo único seguro es que estás bien feo», y se echó a correr.

Para Helmholtz, nuestros ojos, que tanto orgullo dieron al anatomista del Renacimiento, abochornarían a un buen ingeniero. Son una maravilla dado el método de parches, de ensayo y error, que los produjo. El argumento de los teólogos, de que su perfección habla con elocuencia del Creador, es un fraude. Darwin hizo ver cómo algo tan improvisado, «talachero» diríamos, alcanza a parecernos excelso.

Partir de que la vista nos engaña es no partir. Es plegarse. Ensimismarse. Es la extinción para una especie arborícola. Pero tarde o temprano llegamos ahí. Hay más cosas entre el cielo y la tierra de las que se nos muestran solas.

La selección natural nos hizo ver con la nitidez adecuada, nos hizo ver profundidades al sumar dos imágenes, nos hizo ver cromáticamente decantando los continuos de la luz visible en zonas definidas (Goethe lo supo, el arco iris está en nosotros, no afuera). Nos calibró, como pudo, a nuestro entorno. También nos encerró entre dos muros perceptivos. Fracturó el continuo electromagnético y nos dejó, hundidos, entre dos límites insuperables.

Dueños visuales de casi nada, creímos imperar por milenios sobre la realidad con nuestra en realidad endeble mirada.

Se menciona el golpe que fue para el ego occidental que los copernicanos descentraran al planeta, y que éste terminase después de otros deslices en un rincón polvoso y oscuro del universo. Se habla también de los golpes darwiniano y freudiano. Uno no menos drástico lo recibimos cuando aprendimos a desconfiar de nuestros ojos. Tanto hacia arriba como hacia abajo, descubrimos objetos y acontecimientos que nos son imperceptibles o inabarcables.

Y más allá del rojo y del violeta, fuera de alcance, la inmensa danza de casi todo. *Vivimos no en la cueva platónica*, sino en la celda diminuta y engañosa de la luz visible, con

una circuitería óptico-orgánica como débil antorcha.

A fines del siglo XVII Nicolas Malebranche escribió sobre la experiencia de ver al microscopio:

Animales mucho más pequeños que un casi invisible grano de arena [...], estos átomos vivientes caminan tan bien como los otros animales [...], tienen piernas y pies, y huesos en sus piernas [...], así como tendones, y una infinidad de fibras en cada músculo; tienen finalmente sangre o espíritus animales muy sutiles y delicados que colman y mueven esos músculos [...], y aunque la razón nos convence de la sensatez de tal existencia, los sentidos y la imaginación se oponen y nos hacen dudar.

La lección, para Malebranche, es clara. Estamos perdidos si atamos nuestro saber a la mirada. Mas no tenemos sino una disyuntiva: o nos aferramos a lo que vemos como la tierra firme ptolemaica del conocimiento, o nos echamos a navegar por los océanos insondables de la inferencia con la guía de nuestro triste raciocinio y nuestra pálida imaginación.

De todos nuestros sentidos, la vista es el primero, el más noble, el más abarcador, y sin embargo, sostuvo Malebranche, no nos fue dado para conocer la verdad «a simple vista». No es inusual que nuestros ojos nos engañen sobre formas, tamaños, colores. Y ni qué decir después de asomarse a una lente de aumento. Todas nuestras necias certezas respecto a lo que existe se derrumban.

La certeza para los arrogantes era ver con los ojos cerrados. Tener un ojo interior sincronizado con las fórmulas empleadas por el Creador. Paracelso repudió la escolástica materializando dos mundos paralelos. En uno se ven y mueven las cosas con el cuerpo físico (los ojos, las manos), en el otro se ven y mueven con el alma. La imaginación tiene la misma capacidad eficaz de manipular la materia del mundo paralelo. Pocos lo siguieron. Nada hay en la mente que no estuviese antes en los ojos, quisieron estipular los modernos. Robert Boyle resistía: la mente no es co-

rregida por la vista, sino aconsejada por ésta. La mente se corrige a sí misma después de la consulta óptica.

Un vértigo el efecto psicológico de descubrir que lo que durante toda la historia de la especie todos hemos pensado que es el tejido único y último de la realidad material es sólo una capa superflua, una costa, un linde. Aceptar que hay sucesos conectados con nuestro cuerpo (millones de neutrinos nos atraviesan sin sentirnos y sin que los sintamos) es afantasmarnos. Es como reconocer que se oyen voces sin saber de dónde vienen. Como intuir presencias extrañas y acostumbrarnos a llamar percepción a esa adivinación. Como aceptar una realidad paralela, inaccesible, que sin embargo ejerce influencia, se hace presente en los márgenes, en las penumbras de los umbrales. Es vivir con el alma en un hilo esperando la irrupción desde el otro lado de la barrera.

Tuve un amigo en la adolescencia que aseguraba que él veía más que nosotros. Que distinguía con verlo si un plato estaba frío o caliente. Que en la noche estrellada podía ver luz donde los demás veíamos oscuridad. Que a menudo lo deslumbraban radiaciones súbitas procedentes de sitios inesperados, que sólo él percibía. Así como hay gente capaz de oír sonidos más agudos (capaz por ejemplo de escuchar a los murciélagos en vuelo), así —decía— hay quienes ven un poco más del espectro lumínico habitual. Esquizofrenia fue el diagnóstico defensivo de los médicos.

La continuidad, la contigüidad, el umbral es un abismo. El gradiente pasma pues es como un desierto en el que no hay frontera, no hay linde. Uno se sumerge en la infinitesimalidad como en un acinturado reloj de arena sin saber si avanza, si se aleja o se acerca. Acercarse es constatar el linde, atrincherarse en la cerca.

Goethe entendió que la visión se debía a los gradientes producto de la estimulación lumínica diferencial sobre el órgano de la vista, que era así diferencialmente irritado. Los extremos, el blanco y el negro, y los medios tonos in-

termedios eran para él la plantilla básica calibradora de nuestra sensibilidad. La fotografía en blanco y negro fue la reinvención tecnológica del universo acromático básico que el poeta adivinó. El vestido de colores del mundo se superpone a ese espacio preestablecido, limitado, que nuestro órgano y nuestra psique definen.

Dos tipos de instrumentos nos ayudan a ver; con unos vemos mejor, con otros vemos «más». Lupas, lentes, telescopios ópticos, microscopios ópticos aguzan nuestra vista. Concentran, alinean, acumulan o separan los haces de luz visible, y nos hacen nítidas y claras las formas que no veríamos sin su ayuda. «Aumentan» lo diminuto. «Acercan» lo distante. Hacen abarcable lo inabarcable. El epistemólogo empirista descansa con ellos, pues el fiel de la balanza sigue siendo nuestro ojo.

Pero para ver «más» empleamos detectores que traducen lo invisible, que lo trasladan mediante códigos y argucias al campo donde creemos dominar: el de la vista desnuda. Microscopios electrónicos. Telescopios sensibles en frecuencias invisibles. Radiogramas. Ultrasonidos. Ante estos últimos, la confianza del filósofo mengua. La ubicación epistémica es más jabonosa. Debemos confiar en inferencias y en procesos tecnoteóricos de acercamiento y traducción, que no son únicos ni infalibles.

Con la razón salimos al encuentro de lo invisible, de lo desconocido. Atamos meticolosos los nodos de una red de antecedentes y consecuentes que deseamos capaz de detener nuestra caída. Ciegos que organizan un mapa mental de su casa, su edificio, su cuadra, su supermercado, contando pasos, asociando sonidos, recordando texturas de paredes. Con la imaginación tratamos de darles formas y colores familiares a los fantasmas que así construimos. Esa es nuestra mezcla precaria de saliva y tierra con la que intentamos mantener liada nuestra ignorancia a la danza de causas y efectos (¡qué dupla tan inadecuada!) que nos esquivo. «¡Si pudiéramos ver!», suspiramos, e inventamos ex-

tensiones para soñar que vemos átomos con microscopios electrónicos, electrones con cámaras de niebla, galaxias invisibles con radiotelescopios.

Sobre los electrones, el filósofo Ian Hacking puede jactarse: «Si los puedes rociar, son reales». Ha cambiado los ojos por los dedos que manipulan. Ni ver, ni inferir, ni imaginar son para él ya los criterios de verdad. Pero la mayoría nos quedamos fríos, seguimos pensando que lo sabio es «ver para creer». «Tráeme los pelos de la burra y aceptaré que es parda», instintivamente respondemos.

Asociamos la vista y sus alcances no sólo al saber, también al poder. El que ve domina. El tuerto es rey. El mejor ajedrecista ve sobre el tablero cosas que nadie más ve. El general con mejores mapas puede ver mejor lo que pasará a la hora de la verdad.

«Teoremas reificados» se ha dicho que son los instrumentos. «Extensiones de nuestros sentidos» es más común. Ambas expresiones yerran. El telescopio o la cámara de niebla fueron primero aparatos, casi circenses, y luego encontraron los teoremas que los volvieron cosas confiables, dignas. Fue, por otro lado, a través de una larga domesticación como nuestros ojos se acostumbraron a pegarse a los oculares del microscopio y del telescopio de modo inmediato, transparente, natural. Un trabajoso proceso de coevolución entre el instrumento exterior y el orgánico-conceptual es responsable de que el científico, y al cabo el lego, termine usando el verbo *ver* con naturalidad cuando tiene un circuito tecnológico «pegado» a su sistema nervioso. Nuestra *cyborguización* es, por otro lado, reversible. Una tarea para los desconstructores es desestabilizar nuestra confianza en la máquina perceptual domesticada. ¿O seremos nosotros las mascotas?

Algo en lo que no se suele reparar es que, a menudo, lejos de que los instrumentos nos liberen, los atraemos a nuestra propia cárcel. Heredan nuestras limitaciones. Nuestra inseguridad epistémica nos hace repetir en ellos la con-

dena de nuestra biología. Así como el mejor robot no es el que camina antropomórficamente en dos patas, tampoco las mejores tecnologías para la percepción visual tendrían que encuadrarse en el espectro visible.

Pienso en los inventores de la fotografía. En su ensayo y error fotoquímico quizá no tuvieron más remedio que calibrar sus aciertos en función de la capacidad de reproducir las cosas como las veían. ¿Habría pasado por su mente la noción de una técnica que revelara la presencia de luminosidades invisibles? ¿Habrán sentido el vértigo de ver «más», o sólo la ambición de reproducir?

El objetivo era que aparecieran los objetos familiares con sus atributos usuales de forma y luz. Un paisajismo de lo habitual orientó la tecnología. Afectación que contamina desde entonces la exploración de lo invisible. La fotografía parece a veces reclamar la objetividad a la que el ojo debió renunciar hace ya varios siglos. Quizá seguimos, como los filósofos empiristas, confiando sólo en lo que podemos abarcar, o encuadrar. O quizá ya aprendimos a orientarnos en la zona indecisa donde ni la vista ni la intuición llevan la batuta.

Umbrales. Nos movemos sobre ellos como alpinistas, asegurando puntos de apoyo, calibrando y triangulando nuestras mediciones. Hacia arriba. Hacia abajo. Hacia todos lados.

Con instrumentos «vemos el ojo de la pulga, el lente en el ojo de la pulga, el nervio tras el lente del ojo de la pulga... quizá un día veamos lo que la pulga ve». La exploración no cesa. Las imágenes nos sirven de bitácora. Las estaciones son pasmosas. Pero son sólo eso. Puntos de paso.

Yo sigo correteando a mi hermana mayor.

(2002)